

Mehrdad

daniel bernardo grimberg



Image not found.

Capítulo 1

Mehrdad (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

He establecido como laberintos a frenesís de distancias para quienes pretendieron llegar a la realidad por medio de las apariencias. Un laberinto es una disciplina que confunde a lo contemporáneo, porque lo que se ve es totalmente espurio y asimismo las geografías. Su orden se instala en lo arbitrario y sobre esa inestable base debe proceder con conducta el hombre. Sus extensiones no son simples como una cárcel en la que el reo tiene un conocimiento especial. Con éste queda claro que los argumentos entramados en la mente son los que conforman la realidad y no las insistentes grafías que captan los sentidos. ¡La conciencia hace que trasciendan los objetos, y un laberinto puede ser sólo desahuciados pasillos o la vida misma!

Soy un rey amplio, uno que gobierna a los que se deben al tiempo, pasan por periodos de congoja y llanto, tienen dos manos, nariz y ojos, y juro por los dioses que incluyo la verdad en todo lo que digo. Por docenas de años he observado pacientemente al mundo en el que he promulgado edictos y convenciones forzosas. He desarrollado alianzas y entré en guerras porque no soporté que se levantaran facciones urgiéndome autonomía, con enemigos que surgieron ajenos a mi poder mítico.

Me llamo Mehrdad y siempre mi determinación fue abolir mis rivales a través de espadas o redondeadas cuerdas, para que en sus pechos no se prolongaran más latidos ingratos, ni en sus mentes traicioneras nociones. Porque antepusieron sus ambiciones personales al honor del Reino, sus ansiedades desmejoraron sus facciones y les hicieron perder la bendita condición de súbditos. ¡Quienes planearon conjuras hicieron lecturas equivocadas de mi bonhomía, y se dejaron llevar por embriagueces que esconden al sufrimiento! En sus tentativas de tristes ambigüedades se confirieron un profético papel. Y durante fragmentadas conversaciones me supusieron ingenuo o estúpido. Sus lenguajes no corrieron con fidelidades a sus obligaciones.

Recuerdo al muy infeliz, al capitán de mis ejércitos de nombre Caspar, como al mayor de los facinerosos que quisieron engrillarme. Quien se creyó un indispensable soldado y no entendió las fronteras claras que separan las magias con la realidad. Él acampó en mi ciudad, y cerró sus murallas por un día, y durante las primeras horas de la noche en la que se gestan los sueños. Había seleccionado a sus hombres para un tiempo de depravación y guerra.

Caspar fue un sujeto del que tuve mucha razón en desconfiar, porque cometió muchos yerros y creyó tener la virtud divina de la invencibilidad lo que fue enteramente ridículo. No existe justificación alguna para creer que uno tiene los atributos de un dios, a no ser que sea rey. De acuerdo a su pintoresco delirio él era la urgente opción para la corrección del reino. Un hombre providencial cuyas palabras nunca quedaron a la deriva.

¡A todo lo que desea Mehrdad, lo obtiene, ya que su estatus superior se basa en que es la imagen terrenal de lo divino! Él juzga, y se coloca frente a los otros para interrogarlos y si quiere les imputa crímenes. ¡Es el pasado y porvenir de Persia, y sus pensamientos son las voces de los dioses que en él afirmaron su autoridad! Es lo divino implícito en lo real, el orden y la uniformidad de su reino.

Caspar convenció a algunos que su ambición era justiciera, y creó una suficiente unanimidad en odiarme. Creyó que cambiaría la historia y detendría los astros del cielo, pero su locura terminó aislándolo. Su espíritu se encerró en los laberintos que son campos abiertos, y en migraciones inútiles. Sus ojos lo confundieron y le hicieron creer que sabía por dónde andaba, pero nunca lo que se ve crea fuerzas en el observador, sino aquello que piensa. Lo que penetra profundo en su mente y no sufre traslados continuos como los sueños. Los objetos que se perciben no son realmente sólidos ya que están sujetos a cambios muy frecuentes; son aceptaciones o rechazos que hacen los pobres sentidos.

II

A la intriga la tramó en una zona pantanosa cuyos caudales de aguas eran oscuros, y los tupidos árboles tapaban la visual, y en esa lejanía se permitió proclamar su detestable credo orgullosamente. Caspar instauró un breve período de complejas obsesiones en el que procuró obtener nuevos apoyos. Se había puesto una coraza que protegía su pecho y con sus pies pisaba la mugre, suponiendo que esta no tocaba su alma y se mantenía exclusivamente de la tierra. Presumió un gran porvenir e hizo jurar a sus hombres que se acomodarán a una guerra demoledora que transformaría al país y los haría ricos. Tenían que contender por el poder y la conquista con una sincera indignación. Caspar los adoctrinó en mi contra durante esos ejercicios repetidos e intolerables, que duraron noches cuyas lunas corrieron bajas dentro del marco del pantano turbio.

Pero en verdad la fe que les propugnaba equivalía a una sumisión a su liderazgo.

Yo les permití que renovara sus fantasías, y preparara bien con detalles a sus transgresiones, ya que mi imperio nunca fue hecho de muros sino con magnas leyes, y mi grandeza no residió en los señoriales corredores de mi palacio, sino en sagacidad (el palacio sólo contenía la cualidad alucinatoria de cualquier objeto material). El poder es un proceso vital y no un objeto que se puede alzar como una espada. Y el ver es uno de los medios más imprecisos e indirectos: la vista no es capaz de captar las esencias, ni libera al alma del yugo de lo aparente! ¡Y los sentidos son apenas una versión más verosímil de los sueños! El mundo tiene la peculiaridad de engañar con sus oropeles y crea aturdimientos a la vez que estimula una breve glorificación de la codicia. La vida de uno se juzga de acuerdo a lo que abarcan los demás, y el hombre desconoce otros valores, juicios y normas que no le fueron transmitidos. El corazón es furioso, pero no evita que uno sea un extranjero en el mundo real. Es innegable mi sabiduría porque he observado todo lo que hay, incluyendo lo molesto o ignominioso.

III

Al no encontrarme, imaginó que yo había huido, que me acobardé y con la corona oculta entre mis utensilios decidí ceder mi cetro y patrimonio, y ensayar mis pasos en lugares donde no hubiera reciedumbres ni violencias. Y así él impondría un cambio sin dificultades, ya que yo habría reconocido su superioridad fáctica y mi único interés consistió en mantenerme vivo. Caspar no rehusó hacer esa falaz predestinación para ensanchar con una sonrisa a su rostro. Imaginó qué cabalgué bien lejos, sin antorchas que al titilar llamaran la atención, y con el corazón empavorecido. Yo habría perdido la ambición, temía su castigo, y querría que una inundación de eternidad me borrara de la tierra.

Era claro que existíamos dentro del mismo universo, sosteníamos las mismas intenciones aniquiladoras, en los dioses validábamos nuestras inferencias y sabíamos que en algún momento el tiempo nos reducirá a la calidez de esqueletos. Ambos hicimos acopio de las doctrinas más antiguas: las que los dioses abandonaron a los hombres. Y efectuábamos el piadoso ejercicio de la ofrenda como una solución a los problemas pasajeros. Nos referíamos a un mismo pasado, pero sugeríamos distintos futuros.

Sin embargo, él construía sus pensamientos con interpretaciones delirantes y yo lo hacía desde la racionalidad. Caspar no descubrió su equivocación de negar que fui yo a quién los dioses habían escogido. Fue en mí a quien, con rigor adamantino, ungieron como rey. E ignoró que los profanos siempre fueron perseguidos por sus anhelos de romper al orden

temporal

Caspar pretendió que el rey desvariara al oír el ruido de sus trompetas... y temiera por su contradictorio avance. Y para su ingrata sorpresa eso no sólo lo había constituido en su imaginación, sino que le fue dado durante los crecientes sucesos.

Creyó que en el retiro yo no encontraría paz, y sufriría hasta la médula al desorden creado por mi cobardía. Pero esa insulsa opinión que creyó muy convincente, le impidió reconocer sus limitaciones. Jamás sospechó que el Poder no consistía en permanecer tenso en una fortaleza, ni montar un caballo de pezuñas ajadas dentro de un valle, y pronto se encontró colmado por circunstancias que no habían estado en sus cálculos y tampoco fueron fortuitas. Porque aquello que fue subestimado en estados de vigilia, se transforma en un monstruo durante los sueños. Y una vez que se manifiesta lo oculto, queda demostrada la falsedad de lo que se veía.

Su cortísimo gobierno consistió en expandir tumultos y terrores... fuera de eso quedó subordinado a fuerzas que habían sido instauradas siglos antes de que naciera. La historia es una compleja concepción finalista, cuyas causas no pueden ser tejidas en la inteligencia de un mortal. Porque cualquier ciclo presente es el resultado directo de las transformaciones del pasado: los significados surgieron de otros cada vez menos prominentes. La ilusión llevó a que Caspar negara el precepto de lo casual que es invariable.

Yo dije a mis leales en orillas del río Kur, que la inteligencia es el arma más poderosa de las utilizadas en la guerra, y ésta puede inventar algo nuevo o disfrazar a lo viejo. Y las imágenes vinculan a las cosas, pero no las crean. Durante esa marcha estuve algo retraído, ya que me dio un poco de vértigo el ver que en el ilimitado horizonte, el sol era sacudido por los polvos de obstinados vientos que nos cruzaban. Y que la voluntad fuerte del hombre fuera tomada como una indulgencia. Antes de llegar a Persopolis dije a mis soldados que únicamente me mostraré visible ante ellos; y no los salude de acuerdo a sus jerarquías, sino a sus méritos.

La ingenuidad de Caspar fue tal, que se alegró por no haber encontrado portones que le cerraron el paso ni firmes arqueros en las azoteas; nadie se opuso a su ímpetu y a su alrededor la gente se plantó con un desvanecido lenguaje. Nadie lo condenó ni felicitó... desde la época de Alejandro la única ética que tienen los pobladores frente a los que los conquistaban, fue la de permanecer en silencio. Este demostraba la ausencia de inconvenientes curiosidades, y la feliz inercia que los hacía seguir caminando pese a las desgracias. La gente no estableció polémicas ni le pareció que hubiera algún asunto importante a tratar, no quería saber de noticias ni las daba, y tanto hombres como mujeres se alejaban de esos aventureros con pasos apresurados. En ese clima de

inspiradoras intrigas, Caspar hizo encarnadas preguntas. Y se sintió feliz cuando supo que yo había optado por el ostracismo.

Los cimientos del palacio son muy fuertes, pero los que sostienen la débil constitución del hombre, son los huesos. Y con estos marchan a hacer guerras sin entender que dentro del universo son seres ínfimos. Toman la misión de entregar más muertos a la muerte, para dejar tranquilos a los vivos y que estos no se vieran trabados en sus prosperidades.

La lucha en contra de Caspar no la fundamenté en muros, sino en la sencilla dispersión que ofrecen las distancias, y la claudicación que éstas ofrecen cuándo se las anula. Las distancias nunca fueron livianas, sino muy apremiantes como medidas del mundo físico que son copiadas por nuestro intelecto. Y más que creadoras de fatigas son dilemas arcanos que hacen que los hombres se supediten a los caminos. Cualquier neófito sabe que hay una indiscreta escritura del tiempo en las distancias que el transeúnte no puede dejar de leer. El tiempo es una ahogada forma de hablar de las distancias.

No soy un santo varón, pero me negué a presentar batalla: dejé que Caspar y los suyos arbitraran sus movimientos dentro de los prolegómenos de una batalla que nunca tuvo visos de extinguirse, aunque sólo fueron vueltas sin rumbo que tuvieron su apogeo y tendrían su declinación cuándo los sueños se mezclan con las horas. Esa batalla nació en los pensamientos de esos infortunados guerreros, y moría en sus brazos caídos, cuando no blandían espadas, y en realidad era una que no la libraban y soñaban con librar, aunque los fue liando a la muerte que era el postulado final de cualquier guerra. Porque para morir en la guerra era suficiente la determinación espiritual de pelear, sin necesidad que hubiera enemigos a la vista.

Anduvieron con sus caballos recorriendo enormes márgenes temporales del reino sin encontrar al rey Mehrdad, y sin su estorbo se entregaron al robo negligente, arrollando a los que se acercaron con mucha voracidad. Exultantes, se llenaron de odios y asombros, resignándose a tomar lo que cabía en sus manos y así obtener rápidas riquezas que justificaran la sublevación.

Al haberse alzado en armas no les había quedado más remedio que modificar al panorama circundante. Se dedicaron a pillar en forma simultánea o independiente, pero como regla general. Volvieron a Persépolis creyéndose ricos porque habían robado pesadas cosas, y se ufanaron por la gran destrucción que fue el oscuro marco de sus hazañas. Y fueron las cenizas de lo que incendiaron, el botín que más los hizo enorgullecerse. Sintieron una enorme alegría por haber trasgredido las obediencias de una anterior realidad, aunque al llegar la noche ya no

podrían prorrogar sus instintos.

Sin saberlo, entraron en una región en donde sólo había tinieblas, creyendo que ya habían perdido el rastro del Rey junto a su corte. ¡Éste dejó de ser una perturbación que había asolado sus espíritus! ¡Se encontraron profundamente emocionados en esa guerra desierta, en la que no capturaron al débil rey que sellaría lo que había sido un gran triunfo! No podían haber fracasado frente a la estruendosa ausencia de Mehrdad; sin duda los dioses los habían conducido en una manera singular (las voluntades de estos muchas veces eran de naturaleza oscuras e indirectas).

Así los insurrectos se apropiaron del estatus de vencedores, creyéndose fuertes y emancipados de cualquier error, después que aquel al que habían anhelado destruir, permaneció fuera de sus viciosos alcances y secretos temibles. Un rey que al desvanecerse pasó a ser uno de los tantos intervalos del tiempo

Complaciente había permitido que rodaran en mi búsqueda hasta que exhaustos, el sudor se pegara a sus anatomías, sus mentes se desviarán de sus metas y los sueños reemplazaran sus ambiciones. Existen muchas razones para alabar las estrellas y mi triunfo sobre el vil Caspar, es una que puedo enumerar abiertamente. Sólo espere que los rebeldes cayeran por la dispersión a la que obliga un Reino más poderoso que el mío, que no está gobernado en base al hierro, sino al cansancio. Esperé al paso de las horas para revelar mi astuto valor, aunque más bien dirigí a quienes me representaron.

La gran cantidad de esfuerzos que desplegaron llevó al ejército de Caspar a un punto de inflexión entre lo cuerdo y lo irrazonable; las limitaciones que cada hombre debe aceptar para vivir, le jugó una mala pasada. Porque cuándo su conflictiva energía quedó atrás, las sombras fueron lo único que continuaron haciendo una actividad envolvente. " ¡Éstas están detrás del hombre desde el día de su nacimiento y quienes no oyen sus pisadas son unos tontos!

Entonces lo que les había parecido constante y glorioso se convirtió en estrecho... Pese al espeluznante manejo que habían hecho de las armas, dejaron de prestar atención a imágenes certeras cuando el negro manto nocturno se expandió sobre el cielo que había sido muy claro. La noche los obligó a torcer sus designios originales, y los hizo parte de espejismos más acuciantes que sus inmensos botines. Exhaustos, asintieron con resignación y goce el diferimiento de la guerra, entregándose al Sueño dentro de mi palacio. Por cierto, cerraron los portones y pusieron algunos guardias, que estaban frescos en espíritu porque los habían hecho dormir antes.

Así se dio la elemental divergencia entre sus naturalezas agresivas y los mansos sueños que los llamaron a una oscura contemplación. Perdieron sus temperamentos por la eficacia de esa función común que se remite al caos y adquiere ideales redentores.

Mi segundo fue quien llegó hasta las cámaras imperiales tras trasponer los túneles que salían de una edificación adyacente, con cien hombres aguerridos, y en un santiamén degolló a Caspar y los suyos. Los guardias que les salieron al cruce con odios y angustias, también fueron traspasados por las lanzas. Luego yo mismo salí a la calle para apreciar los infinitos números de estrellas. Éstas esgrimían múltiples argumentos a favor de mis políticas. Terminé esa jornada entregando premios a mis valientes soldados y oraciones de gratitud a los dioses.

Yo Mehrdad sigo reinando en Persia, y cualquier mortal que quisiera derribarme será expulsado a plácidas catacumbas de riquezas.

Fin